

EL SABOR DE LA HAMBURGUESA

Pasaba ayer por delante de una gran hamburguesería, uno de esos macro servicios de comida rápida y grasienta, localizados en los barrios de la periferia, los habitados por las clases populares que podían por fin ser libres de pedir su pack a pie o en coche. La gran cristalera de la fachada me dejó ver que no había nadie en esos momentos (me acordé enseguida de los cuadros de Hopper, los de la soledad congelada). O mejor dicho sí, casi en el centro del local había una familia con dos hijos, la madre pensativa y el padre departiendo con sus hijos, la mayor muy formal y el pequeño conteniendo alguna travesura mientras devoraba una enorme hamburguesa que no le cabía en la boca. La pobrecita ya sangraba el ketchup por la comisura de los labios del afanado cazador.

Me entró una de esas mezcolanzas de sentimientos en la que apenas puedes distinguir de qué va cada uno. La alegría por supuesto, al interpretar ese hecho como el placer de una familia trabajadora que se está consintiendo un dispendio que le adelantaría el fin de mes. Algo de tristeza también, emparejada al hecho de que las estrecheces del pobre moderno y occidental vienen ya del trabajo mal pagado. Reconocí también un tercer sentimiento de desasosiego porque, quieras que no, proyecté esa ambigua situación a todas las familias de esta sociedad tan cambiante, tan plural, con tan enormes distancias entre unos países y otros.

La pobreza relativa de aquí es vista como riqueza en otros países. Y yo no sé qué familias son felices y cuáles desgraciadas en cada lugar, porque tampoco, me decía a mí mismo, sabes cuál es el significado o sentido que cada una le da a su vida, qué satisfacciones, que resignación, que rebeldía les llevan a soportar las condiciones de precariedad o de constante limitación en el gasto. Esa sensación se extendió al sentido de la vida en general cuando por mi tendencia metafísica nunca dejo de inventar un sentido a lo que veo, oigo o en general percibo

Tras el hundimiento del hasta ahora gran sistema explicativo del mundo, el de la Historia de la Salvación cristiana, no encuentro manera de encontrar otra cosmovisión, otra gran interpretación del porqué, el para qué y él como de siempre. Ante la pequeña felicidad que veía en esa familia me preguntaba qué pasaría por sus mentes, esa mujer pensativa, qué futuro para sus hijos, ese padre campechano y cuidadoso, qué pretensiones le llevaban a enrollarse con esos mismos hijos, con esa niña llena de ilusiones a la que no sabemos qué sueños adornaban su hamburguesa, qué WhatsApp no respondía, en esa pubertad tan complicada.

Y querido lector, con toda sinceridad le confieso, que después de las explicaciones del imaginario cristiano, al que ya no puedo volver, yo no sé cómo rellenar ese vacío. Tampoco ellos, probablemente, ante sus condiciones adversas; qué cosmovisión les asiste para sobrellevar la injusticia, el trabajo mal pagado, la rutina resignada, para agradecer la sonrisa de sus hijos. Estamos en la misma barca. Y esa comunión en el naufragio fue el cuarto sentimiento que me embargó en ese momento del final de un finde.

Santi Villamayor, primer finde de noviembre 2022